

III

LA EDAD MEDIA TARDÍA

Por Josef Lenzenweger (§ 53-57) y Karl Amon (§ 58-61)

La expresión «edad media tardía» es, sin duda, un intento imperfecto para reunir bajo un común denominador los más diversos fenómenos de una época. Las tensiones que comenzaban a despuntar en la alta edad media se percibirán con mayor claridad aún a partir de la segunda mitad del siglo XIII. Impulsadas por el humanismo y el renacimiento, conducen a la época de la reforma, que parece señalada externamente por la presencia de Martín Lutero, por el descubrimiento de América y por la conquista de Constantinopla por los sarracenos en el año 1453.

Al intelectualismo de la época anterior, marcada especialmente por la escolástica, respondió este período con una crítica que extrajo sus herramientas, sobre todo, de las ciencias naturales. Frente a la teología habitual, se insistió en la necesidad de orientarse por la revelación. Esto condujo a un pluralismo, representado entre otros por Duns Escoto.

El principio hierocrático fue puesto en tela de juicio en adelante, y con intensidad creciente, por el nuevo horizonte de la soberanía popular, y en el terreno del derecho eclesiástico por las teorías conciliaristas. La autoconciencia de los laicos emergía con claridad creciente. Los incipientes estudios generales (universidades) promoverían en adelante esa autoconciencia de los seglares y la del clero bajo. Los que alcanzaban grados académicos se equipararon en adelante a los nobles, hasta el punto de que estos últimos se vieron obligados a frecuentar las escuelas superiores para poder hacer frente a la competencia.

Puesto que el imperio estaba ya desacralizado, podemos ver en este capítulo cómo la secularización va ganando terreno. Las fuerzas centrífugas aparecían con perfiles cada vez más nítidos. El nacionalismo y el particularismo emergían con mayor claridad. En algunas naciones románicas y en Inglaterra los soberanos consiguieron edificar un rígido Estado centralista, mientras que en Alemania los príncipes territoriales fueron ganando mayor independencia. En el norte de Italia, la caída de los Hohenstaufen había dejado expedito el camino para la aparición de poderosas ciudades repúblicas. En oriente, Moscú, tras liberarse del yugo de los tártaros, se perfilaba como poder dirigente en el plano estatal y eclesial. Todas estas circunstancias permitían abrigar esperanzas aún más escasas sobre una hipotética superación del cisma.

La Iglesia occidental, por su parte, tenía que hacer frente a una serie de problemas: la residencia de los papas fuera de Roma, el subsiguiente cisma, y el movimiento conciliarista, cada vez más pujante, a cuyos lados se situaban el humanismo y el renacimiento.

§53

Desde mediados del siglo XIII hasta Bonifacio VIII

Los Hohenstaufen habían fenecido definitivamente en sus últimos herederos legítimos, había irrumpido el tiempo sin emperadores, y la curia romana parecía ya libre de encorsetamientos; pero las apariencias engañaban profundamente. A Inocencio IV le sucedió una serie de papas poco significativos. En una especie de intento de compensar esa medianía pontificia, los canonistas se esforzaron celosamente por derivar el poder imperial del pontificio.

Pero ni los mismos papas podían llevar una vida segura en su «propia» ciudad de Roma. Y se vieron obligados a desplazarse hacia el centro de Italia. Urbano IV (1261-1264) permaneció durante todo su pontificado en Orvieto. Él vivió el ocaso del imperio latino en Bizancio (1261), y traspasó la corona de Sicilia al hermano de san Luis IX, Carlos de Anjou, de características totalmente contrapuestas a las de su hermano. Carlos mandó decapitar en la plaza del mercado de Nápoles el 29 de octubre de 1268 a Conradino, heredero alemán del trono, como si de un vulgar criminal se tratara.

Tras la muerte de Clemente IV (1264-1268) pasaron más de dos años hasta que, el 1 de septiembre de 1271, los cardenales reunidos en Viterbo eligieron papa a Teobaldo Visconti, archidiácono de Lieja, oriundo de Piacenza, quien se impuso el nombre de Gregorio X (1271-1276). Bajo su pontificado, se reunió un concilio en la catedral de San Juan de Lyón, de mayo a junio del año 1274. Ya en la primera sesión se promulgó una constitución de la cruzada por la que se prescribía a los miembros eclesiásticos la obligación de satisfacer durante seis años un diezmo para la cruzada. Las negociaciones con los griegos terminaron en una *unión* conseguida sobre el papel. En cuanto a la elección del papa, se dictaron normas severas para el futuro: reunión de los cardenales diez días después de la muerte del papa en aislamiento estricto (cónclave); tras tres días, en cada comida sólo un plato; tras otros cinco días, sólo agua, vino y pan; durante el cónclave, no se tiene derecho a provisiones ni a otros ingresos provenientes de la Iglesia romana.

Entre los sucesores de Gregorio X alcanzó celebridad el hasta ahora único papa portugués Juan XXI (1276-1277). Cayó al vacío desde el balcón que había mandado adosar al palacio pontificio en Viterbo, con la intención

de poder seguir dedicándose sin injerencias al estudio de las ciencias naturales.

Tras la muerte del primer papa franciscano (Nicolás IV, 1288-1292) el 4 de abril de 1292, y como consecuencia de la abolición de la estricta normativa sobre la elección, la del nuevo papa se prolongó una vez más durante mucho tiempo. De la soledad de Monte Onofrio, en Sulmona, se llamó finalmente a Celestino V (1294), tan devoto como desconocedor del mundo. El pueblo exultó de gozo, pero él mismo cayó enseguida en la cuenta de que no era apto para la tarea encomendada. Cuando le fue comunicado el resultado de las deliberaciones de una comisión cardenalicia nombrada por él para que estudiara la cuestión de si un papa puede dimitir, utilizó al instante la posibilidad que tenía, y dimitió sin que nadie le forzara.

El presidente de esta comisión, Benedetto Gaetani, fue elegido entonces con el nombre de Bonifacio VIII (1294-1303). Fijó su residencia en Roma, y sostuvo con énfasis la «plenitudo potestatis in spiritualibus et ratione peccati etiam in temporalibus»; esta concepción dio origen a una serie de conflictos. Cuando, en el transcurso de la guerra de los cien años, se impuso en Inglaterra y Francia la obligación de que el clero contribuyera con aportaciones, el papa prohibió en la poco moderada bula *Clericis laicos*, del 25 de febrero del 1297, toda imposición fiscal al clero. El rey Felipe IV de Francia (1285-1314) prohibió entonces, como respuesta, la exportación de metales preciosos. Con ello se tocaba el talón de Aquiles de la curia. Una campaña publicitaria bien orientada y la ahora abierta oposición a los Colonna (representados en el colegio cardenalicio por Jacobo y su sobrino Pedro) hizo el resto. Éstos declararon en un escrito que la dimisión de Celestino V (al que el papa había encerrado) era inválida, y que, por consiguiente, Bonifacio VIII no era papa legítimo. Simultáneamente apelaron a lo que se estaba convirtiendo en una verdadera moda: la celebración de un concilio universal. El papa reaccionó con un apasionamiento similar. Ambos cardenales Colonna fueron desposeídos de todas las dignidades y excomulgados; finalmente, todas las propiedades de la familia pasaron en gran parte a los parientes del papa, hasta entonces no especialmente bien situados en el plano económico; y su plaza fuerte Palestrina fue reducida a polvo. Los Colonna huyeron a Francia. Ante esta grave situación, el papa declaró que la bula *Clericis laicos* no tenía vigencia en Francia. Con el fin de ganarse al rey, canonizó al abuelo de éste, Luis IX. Con ocasión del año jubilar del 1300 confluyeron en Roma peregrinos de todos los países. En la ciudad reinaban una calma y orden excepcionales.

Al año siguiente, se creó el obispado de Pamiers (suroeste de Francia) sin haber llegado previamente a un acuerdo con el metropolitano competente ni con el rey francés, y esto suministró nuevo material de

conflicto. El rey encarceló al nuevo obispo; el papa por su parte hizo que la bula *Clericis laicos* entrara de nuevo en vigor, e invitó a los representantes del episcopado francés, de los cabildos catedralicios y de los doctores a celebrar un sínodo en Roma el 1 de noviembre del 1302. Entonces Felipe mandó que se celebrara ya en abril del 1302 un sínodo nacional en París, en el que el clero se puso totalmente de su parte. No obstante, también el sínodo romano tuvo una buena andadura, lo que robusteció peligrosamente la arrogancia pontificia. Bonifacio compuso una nueva circular que comenzaba con las palabras *Unam sanctam*, pero que probablemente no fue publicada oficialmente (en el contenido, afirmaba el papa: sólo existe una Iglesia católica, y fuera de ella no se puede esperar salvación alguna; al obispo de Roma, como representante de Cristo en la tierra, le está sometida toda criatura; y esto, por necesidad salvífica).

Sin tener la menor sospecha de nada, el papa se dirigió a Anagni en el verano del 1303. La víspera de la fecha fijada para la publicación solemne de la excomunión del rey de Francia, Bonifacio fue apresado por unos 600 mercenarios franceses (7 de septiembre). Cabecillas de éstos fueron el canciller francés Guillermo Nogaret y el sediento de venganza Sciarra Colonna, un hermano de Pedro. Los ciudadanos de Anagni liberaron a su señor tres días más tarde, pero la fortísima excitación había sido excesiva para el papa y poco tiempo después fallecía en Roma.

La Iglesia salió de esta confrontación gravemente humillada. Su sucesor como papa fue Benedicto XI (1303-1304), anteriormente general de los dominicos. Él trató de llegar a un acuerdo.

§54

Los papas de Aviñón

Tras la muerte de Benedicto XI, los cardenales se pusieron de acuerdo en un hombre que, para disgusto del rey de Francia, había participado en el sínodo romano, pero mantenía buenas relaciones con Felipe IV de Francia y también con el rey inglés Eduardo I: Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, en adelante Clemente V (1305-1314). Éste invitó a su coronación en Lyón a los no menos sorprendidos cardenales. Entraba él así en la órbita de influencia del rey francés, quien formuló enfáticamente algunas exigencias. Con el nombramiento de una serie de franceses, entre ellos algunos parientes del papa, éstos obtuvieron pronto la mayoría de dos tercios en el colegio cardenalicio. También los dos cardenales Colonna fueron repuestos en sus cargos. A partir del año 1309, Clemente V residió permanentemente en Aviñón, en la margen izquierda del Ródano (Avinón no pertenecía formalmente al reino de Francia, sino que era propiedad de la reina Juana de Nápoles).

El concilio deseado por el rey se reunió en Vienne el 16 de octubre del 1311 (más de 100 participantes). Sospechas insostenibles se propagaron en contra de los templarios, cuyo gran «error» era la riqueza. En octubre del 1307, el rey de Francia había mandado detener a todos los templarios de su país bajo la sospecha de herejía y de fornicación, los sometió a malos tratos físicos y condenó inmediatamente a 54 de ellos a la hoguera. En el concilio de Vienne, tras el estudio de las actas del proceso, la comisión constituida al efecto dictaminó ,que no se podía llegar a condenación alguna sin escuchar previamente a los inculpados, y se mostró partidaria de ordenar una sentencia de inocencia. Pero el débil papa abolió la orden de los templarios por la vía administrativa. ¿Cómo se pudo llegar a una manera de proceder tan cruel? De esta manera, el papa logró eludir una condena de su segundo predecesor; «debía» reservar a su propio tribunal el proceso ya inminente contra Bonifacio VIII (1294-1303). La sentencia de inocencia dictada entonces a favor de Guillermo de Nogaret y la canonización de Celestino V redondean la imagen de la debilidad de Clemente V.

La creación de cátedras para la enseñanza del griego, del hebreo, del árabe y del caldeo en las universidades de París, Oxford, Bolonia y Salamanca respondía a la intención de formar misioneros capaces de entender la lengua de aquellos a los que pretendían convertir. Algunos decretos relacionados con la reforma no tuvieron mayor trascendencia práctica. Los *Clementinos* (decretos del concilio) entraron en vigor, tras sufrir una reelaboración parcial y algunos cambios por la curia el año 1317, mediante el envío a las universidades.

Los franceses no consiguieron, sin embargo, ocupar, como hubiera sido de su agrado, el puesto del rey alemán. Tras el asesinato de Alberto I (1308) fue elegido Enrique VII de Luxemburgo. Éste se puso en seguida en marcha hacia Italia (coronación en la basílica laterana de Roma por tres cardenales). Cuando Enrique trató de afirmarse en Italia entró en conflicto con Roberto de Anjou, hijo de Carlos de Anjou, que había sido nombrado por el papa vicario imperial para Italia. En aquel momento, Clemente V, blandiendo la amenaza de la excomuniación, hizo saber a Enrique que debía abandonar inmediatamente Roma; y que sólo podría volver a la ciudad eterna con el permiso de la curia. Entonces el emperador declaró en un manifiesto que, por la unción realizada por delegados pontificios, no se convertía él en vasallo del papa ni era un subdito del papa en los asuntos temporales. Pero murió de fiebres el 24 de abril de 1313 cuando contaba sólo 40 años de edad. Algunas semanas después fallecía también el bondadoso y fácilmente influenciado papa (20 de abril de 1314).

La elección del sucesor se prolongó durante mucho tiempo al no llegar a un acuerdo los 17 franceses (22 eran los electores del papa). Pero cuando Felipe V intervino personalmente y comunicó a los cardenales

reunidos en el convento de los dominicos de Lyon que sólo recuperarían la libertad cuando hubieran elegido a un nuevo papa, los votos recayeron mayoritariamente sobre el antiguo obispo de Aviñón, a la sazón de 72 años. Juan XXII (1316-1334) había llevado una vida moral irreprochable, practicaba una piedad sincera, gozaba de una capacidad de trabajo sorprendente a pesar de su edad, y tenía una voluntad de hierro.

Entre tanto, en Alemania se había producido el 25 de noviembre del 1314 una doble elección: la del duque Federico el Hermoso de Austria, de 20 años de edad, y la de su primo Luis de Baviera Superior, de 32 años. Juan XXII comunicó su elección a ambos «pretendientes a la corona». Luis le pidió entonces la concesión de la corona imperial, y Federico pretendió incluso la confirmación de su elección como rey. El papa adoptó una postura neutral, pero confirmó a Roberto de Nápoles como vicario imperial para Italia septentrional y central hasta la «definitiva elección de un rey». En la batalla de Mühldorf del Inn, Luis venció a Federico (28 de septiembre del 1322). El papa declaró entonces que sólo a él competía el examen de la elección y de su aprobación, así como —en la vacancia de la dignidad imperial— el gobierno del imperio. En consecuencia, en octubre del 1323 exhortó a Luis para que se apartara del gobierno en el plazo de tres meses. Cuando Luis respondió con una declaración (no publicada) en la que afirmaba haber sido elegido rey por los príncipes electores y que, por consiguiente, le correspondían todos los derechos reales, se encontró con la excomunión que lanzó contra él Juan XXII (23 marzo de 1324). Todos los súbditos fueron desligados simultáneamente del juramento de fidelidad, y suspendidos todos los ministros eclesiásticos partidarios de Luis. Tuvo lugar entonces, en mayo del 1324, la famosa declaración de Sachsenhausen (esta población estaba enclavada en lo que actualmente es la parte sur de Francfort). En dicha declaración se afirmaba claramente la libertad de la elección del rey alemán, y se rechazaba la pretensión al vicariato manifestada por el papa. Se acusó a Juan de herejía porque, en la controversia con los espirituales franciscanos radicales, había declarado como herética la total carencia de propiedades de Cristo y de los apóstoles. En el curso de la confrontación, Luis llegó a declararse dispuesto a renunciar a todos sus derechos si el papa confirmaba a Federico. Pero Juan XXII se negó también en esta ocasión. En consecuencia, tanto el clero como el pueblo coincidieron en pensar que el papa actuaba sólo bajo el dictado francés.

Los dos *magistri* huidos de París (Marsilio de Padua y Juan de Jandún) hicieron llegar poco después (1326) al rey el programático escrito revolucionario *Defensor pacis*. En él se podía leer que Pedro nunca fue obispo de Roma, y que el primado era tan sólo el resultado de una evolución histórica; que el poder supremo de la Iglesia compete a los concilios generales; que la tarea del papa consiste exclusivamente en

ejecutar las decisiones del concilio; que la Iglesia está sometida al Estado, y que, por consiguiente, éste tiene el supremo poder de libre disposición de los bienes de aquélla.

Entonces aceptó Luis la invitación de los gibelinos para ir a Italia. Hizo que Sciarra Colonna le coronara emperador el 17 de enero del 1328, con gran pompa. Acto seguido, el papa declaraba que Luis había perdido todos los derechos al trono. Sus seguidores fueron excomulgados, sin consecuencias palpables; y se declaró el interdicto sobre los territorios de éstos. Luis mismo fue etiquetado como hereje por su concepción sobre la pobreza. Y se predicó la cruzada contra él. El emperador explicó por su parte que el papa estaba depuesto por herejía y por agravios de lesa majestad.

Entonces una comisión de 13 miembros, elegida por el clero romano de entre sus propias filas, designó un nuevo papa (Nicolás V), que creó un reducido colegio cardenalicio. Una inaudita presión fiscal y las correrías de la soldadesca alemana hicieron que se produjera pronto en Roma un cambio de postura. Roberto de Anjou penetró con sus tropas en la Campania. En consecuencia, Luis se vio obligado a abandonar Roma en agosto del 1328, acompañado por su antipapa. En la retirada, se le unieron algunos franciscanos destacados, entre ellos, Guillermo de Ockham y el ministro general Miguel de Cesena, que habían huido de Aviñón.

Puesto que la retirada del emperador de Roma al norte de Italia se vio rubricada por un fracaso completo, Luis tuvo que mostrar entonces su disposición a reconciliarse con el papa. Moderó las acciones de los franciscanos y abandonó a su antipapa, quien se dirigió a Aviñón y pidió perdón, consiguiendo así un trato benigno. Poco después moría el papa (4 de diciembre de 1334). En el lecho de muerte se había retractado, con restricciones, de aquellas opiniones manifestadas por él, en sermones, sobre la *visio beatifica* (había afirmado que ésta comenzaría el último día).

En el cónclave celebrado en Aviñón salió elegido papa Benedicto XII (1334-1342), que había sido cisterciense. Con él, llegaba a la sede de Pedro un teólogo docto. Hizo que los titulares de beneficios mayores y menores abandonaran Aviñón y volvieran a sus diócesis, restringió claramente el sistema de provisiones, siguió una línea más dura en la concesión de dispensas y se ocupó especialmente de la reforma de las órdenes religiosas. Naturalmente, en este punto se dejó influenciar demasiado por las constituciones de los cistercienses.

Hizo que el palacio pontificio, similar a un convento, se convirtiera en una sombría ciudadela. Su dependencia de Francia resultó patente en el trato dado a la cuestión alemana. Luis llegó a suplicar la aprobación de su elección. Naturalmente, habría que reconocer como legítimo cuanto había hecho él hasta entonces a causa del imperio. Y exigió que el honor del imperio no sufriera quebranto alguno. Sin embargo, el papa, de acuerdo

con el deseo del rey francés Felipe VI (1328-1350), exigió que Luis firmara un tratado de alianza con Francia. Así fracasó la paz. Los príncipes electores manifestaron entonces en su famosa declaración de Rhense (al norte de Coblenza), el 16 de julio del 1338, que es derecho y costumbre inmemorial del imperio que el elegido por la mayoría de los príncipes electores no necesita el nombramiento, aprobación y confirmación de la Sede Apostólica. Estimulado por esta toma de postura, tres semanas más tarde promulgaba el emperador la famosa ley sobre la elección del rey, en la que se declaraba que el poder imperial dimanaba inmediatamente de Dios. Con ello desaparecía definitivamente la medieval soberanía papal.

Si Luis no pudo imponerse ya en el imperio a pesar de lo dicho anteriormente, se debió a los sentimientos enemistosos que provocó su despótica política interior. Tras la desaparición de los Askanio en Bradeburgo, confirió él este margraviato a un hijo que llevaba su mismo nombre. Cuando éste enviudó, el padre arregló el casamiento con Margarita Maultasch, condesa de Tirol, que no tenía hijos. Pero ésta estaba casada con Juan Enrique de Luxemburgo, príncipe de Bohemia y hermano de Carlos IV, unos dos años más joven. Pero la condesa lo había repudiado ya para entonces a causa de una supuesta impotencia sexual, y en consecuencia consideraba que su matrimonio había sido nulo. Cuando el elector de Freising, Luis de Chamstein, se puso en camino para celebrar la boda en el castillo de Tirol, cayó del caballo, que se asustó en el paso Jauffen, y murió en el acto. Puesto que ningún otro obispo estaba dispuesto a celebrar la boda, el padre intervino en la dispensa y en la ceremonia de casamiento. Esta manera de proceder fue interpretada como una prueba no sólo de sus sentimientos contrarios a la curia, sino también de su postura antieclesiástica.

El sucesor de Benedicto XII fue Clemente VI (1342-1352), de 50 años de edad. Abad benedictino en otros tiempos, terminó siendo canciller del rey de Francia como titular del riquísimo obispado francés de Ruán. Al poco de comenzar su pontificado entró en negociaciones con los príncipes electores. En efecto, éstos no estaban dispuestos a renunciar a los derechos del imperio, pero dieron a entender que no daban excesivo valor a la persona del emperador. Así se explica que Luis de Baviera, al que el papa llamaba peyorativamente «Bavarus», fuera condenado definitivamente bajo la enumeración de todos sus crímenes, precisamente un jueves santo (1346). Como consecuencia de esta sentencia condenatoria, los príncipes electores dieron los pasos necesarios para realizar una nueva elección, de la que salió, el 11 de julio, Carlos IV de Luxemburgo. Con anterioridad, éste había asegurado al papa en un consistorio pontificio que, si llegaba a ser elegido, satisfaría todos los deseos papales, pero, una vez elegido, se hizo el desmemoriado, pues se limitó a pedir la coronación imperial, pero no la confirmación de la elección. Su soberanía quedó asegurada definitivamente

cuando 15 meses después Luis el Bávaro cayó fortuitamente del caballo en una cacería y murió en el acto (en Puch, cerca de Fürstenfeldbruck, Baviera Superior).

Los primeros años de Clemente VI se vieron ensombrecidos por la peste. Ésta se abatió desde el 1348 sobre toda Europa. La desgracia excitó el fanatismo de las masas, que se concretó en salvajes expediciones de flagelantes y persecuciones de judíos.

Durante el año jubilar del 1350 reinó una tranquilidad externa. Desde todas las partes aflúan devotos peregrinos hacia Roma, donde, en virtud de la decretal *Thesaurus Ecclesiae*, se concedía a todos los arrepentidos la gracia en forma de una indulgencia plenaria. Poco después fallecía (11 de diciembre de 1352) Clemente VI, derrochador y amante del boato.

§55

La vuelta a Roma

El nepotismo, el despotismo y la política financiera del papa difunto habían sido un gran escándalo para muchos. Éste fue también el motivo para que por primera vez se diera una *capitulación electoral* (limitación del número de los cardenales, normas de protección, derecho a participar en la decisión, así como la garantía de los ingresos de los cardenales). A los dos días fue elegido, con el nombre de Inocencio VI (1352-1362), Étienne Aubert, que hasta entonces había sido el cardenal gran penitenciario. Pero éste declaró inválida la capitulación electoral. Llegó a sopesar la posibilidad de trasladar su residencia a Roma, pues Aviñón parecía estar amenazada seriamente por las bandas de mercenarios que merodeaban por allí. Por eso envió a Gil Álvarez de Albornoz a Italia como legado cardenalicio. Éste permaneció en Italia durante más de 13 años, para restablecer el orden. Se utilizó como precursor a Cola di Rienzo, que ya en una ocasión había tenido poderes dictatoriales en la ciudad eterna como tribuno del pueblo (1347). Pero la arrogancia y el duro fiscalismo de éste le ganaron pronto la enemistad de las masas. A las seis semanas cayó víctima de un levantamiento del pueblo.

Cuando Carlos IV, a pesar de todas las seguridades que había dado antes de su elección, hizo que se regulara (Navidad del año 1356) mediante la *Bula de oro* la elección del rey alemán de acuerdo con los deseos de los príncipes electores, el papa se sintió profundamente desengañado. Envejeció rápidamente y murió el 12 de septiembre de 1362.

Pero su sucesor, Urbano V (1362-1370), anteriormente abad de San Víctor de Marsella, y que por consiguiente no era miembro del colegio cardenalicio, pensó constantemente en el regreso a Roma. Mantuvo durante toda su vida un comportamiento monacal, y se opuso al lujo reinante en la

corte pontificia. Reforzó su intención de volver a Roma la visita que el emperador Carlos IV le hizo el año 1366. También le influyeron el llamamiento del portavoz italiano Francesco Petrarca y el de santa Brígida, fundadora del monasterio Vadstena (Suecia), que tenía su residencia en Roma desde el 1350. Naturalmente, los cardenales franceses y el rey Carlos V manifestaron graves objeciones contra esta intención del papa. No obstante, éste abandonó Aviñón el 19 de mayo del 1367, para trasladarse desde Marsella, en barco, hasta Corneto Tarquinia, y desde allí, por tierra, primero hasta Viterbo. En Roma fue recibido con júbilo y entusiasmo. Pero las dificultades eran tan ingentes que, pasados tres años en Italia, tuvo que volver a Aviñón. Y moriría en esta ciudad al poco de haber retornado (19 de diciembre de 1370) como le había profetizado, amenazadora, santa Brígida. En ese momento el desorden y la confusión más absoluta se habían apoderado por completo del Estado pontificio.

Los cardenales eligieron entonces a un sobrino de Clemente VI, que se llamó Gregorio XI (1370-1378). Encomendaron así las riendas de la Iglesia a un hombre de débil salud, senil, pero de costumbres sobrias y de gran energía. Quiso poner orden en Italia. Para ello compró los servicios de una banda de mercenarios bretones extraordinariamente resueltos, al mando de los cuales puso al cardenal Roberto de Ginebra. Durante las disputas con Florencia una muchacha, llamada Catalina Benincasa, jugó un papel preponderante. Se destacaba ésta tanto por la penitencia expiadora como por sus éxtasis y visiones. Con 17 años había entrado en las *mantellate*, una especie de orden terciaria de los dominicos. Y escribió inmediatamente una carta al papa en la que le invitaba abiertamente a volver a Roma. Viajó a Aviñón y le dijo al papa que había esperado encontrar en la corte pontificia un paraíso de virtudes sagradas, pero que se vio obligada a oler la pestilencia de todos los vicios del infierno. Además, le acusó de nepotismo; y otro tanto hizo con los cardenales, hasta el punto de que el papa se vio obligado a defenderla de estos últimos.

Efectivamente, Gregorio XI se decidió a trasladar su residencia a Italia. El 19 de enero del 1377 fue recibido jubilosamente en Roma. Fijó su residencia en el Vaticano, mientras que sus predecesores habían utilizado el Laterano como residencia. Naturalmente, se vio pronto acosado por tan numerosas dificultades que llegó a pensar, incluso, en volver a Aviñón. Pero su muerte (27 marzo del 1378) le impidió realizar tal proyecto.

§56

El cisma de Occidente

Dos semanas después de la muerte del papa, los 16 cardenales presentes en Roma (de los cuales once eran franceses, cuatro italianos y

uno español) se presentaron en el cónclave individualmente y en grupos. Seis se habían quedado en Aviñón y uno se encontraba haciendo funciones de legado. Se congregaron en Roma gentes armadas que pidieron al unísono la elección de un romano o, al menos, de un italiano como papa. Finalmente, más de 70 de ellos consiguieron penetrar en el cónclave. Los cardenales prometieron elegir en el plazo de un día a un italiano o a un romano. Tras algunas negociaciones previas, Bartolomeo Prignano, arzobispo de Bari, regente de la cancillería pontificia en Aviñón, reunió para su persona la mayoría de votos requerida, pero era necesario, ante todo, preguntar al interesado —que no estaba presente, por no ser cardenal— si aceptaba la elección. Entonces, los manifestantes que se encontraban en la plaza de San Pedro amenazaron con asesinar a los cardenales si no elegían a un romano. Tras la llegada de Prignano no quedaba sino confirmar la elección. Pero faltaban tres cardenales franceses. La muchedumbre irrumpió en el palacio. En aquella situación tan embarazosa alguien tuvo la idea de simular la elección de un romano, y se designó al cardenal Francesco Tibaldeschi como elegido. Ciertamente éste se negó, pero fue llevado al altar a pesar de su resistencia, y se le entronizó. Los cardenales aprovecharon la situación de pánico para huir. Sólo quedaron dos en el Vaticano: Prignano y Tibaldeschi.

Al día siguiente, viernes, 9 de abril de 1378, volvieron al palacio 12 cardenales, entre ellos el español Pedro de Luna. Prignano, llamado a escena oficialmente, dio su conformidad y tomó el nombre de Urbano VI (1378-1389), se cantó el *Tedeum*, los cardenales prestaron el acostumbrado reconocimiento y se anunció la alegre noticia al pueblo. Dos días más tarde, el domingo día 18 tuvo lugar la solemne coronación papal. Los cardenales estaban presentes y suplicaron para sí y para sus familiares gracias pontificias en el futuro. Incluso los seis cardenales que habían quedado en Aviñón reconocieron la elección y colocaron el nuevo emblema pontificio en el palacio. El cardenal Roberto de Ginebra, portavoz de los cardenales franceses, amante del boato y más proclive a las armas que a la pastoral, había comunicado ya el 14 de abril la unánime elección de Prignano al emperador.

El nuevo papa era de una intachable conducta moral, insobornable y piadoso, pero corría el peligro de confundir testarudez con rectitud. En ocasiones parecía como si tratara de molestar intencionadamente a los cardenales. Ese comportamiento llegó a convertirlo en antipático para sus electores. Entonces se empezó a poner en duda públicamente la legitimidad de su elección. La mayoría de los cardenales había abandonado Roma uno tras otro. Cuando, tras algún tiempo de reflexión, el papa rechazó la idea de repetir la elección y exigió reconocimiento incondicional, los cardenales franceses, encabezados por Roberto de Ginebra, hicieron una declaración el 20 de julio en la que declararon nula la elección de Urbano VI. Tres

cardenales italianos trataron de mediar de nuevo. El cuarto (Tibaldeschi) se mantuvo impertérrito al lado de Prignano.

Las voces que hablaban de la nulidad de la elección fueron escuchadas con particular agrado en Francia. Basándose en tal opinión, los cardenales, reunidos en Fondi, localidad perteneciente al reino de Nápoles, eligieron dos meses más tarde de su declaración a Roberto de Ginebra para papa. Éste tomó el nombre de Clemente VII e hizo que lo coronaran en aquel mismo lugar el 31 de octubre. Los cardenales que se habían quedado en Aviñón se unieron inmediatamente a él. La mayoría de los funcionarios de la curia se pasaron también a él.

La cristiandad tenía, a partir de aquel momento, dos papas. En abierta batalla campal se enfrentaban tropas mercenarias contratadas por ambos pretendientes. Se peleaban a las mismísimas puertas de Roma. Los soldados de Urbano vencieron. Por eso él se quedó en Roma y Clemente VII se retiró a Aviñón. La «inconsútil túnica de Cristo» se había «desgarrado»; la cristiandad se había dividido en dos bandos que se excomulgaban recíprocamente. Con la división de la tiara vino en muchos lugares la división en los obispados y en las abadías. ¿Cómo se las arreglaría ahora el hombre de la calle para saber cuál era para él el papa legítimo?

El rey de Francia Carlos V se decidió, tras estudiar algunos informes, a favor de Clemente. Los Anjou de Nápoles tomaron una decisión similar; Escocia, siempre en oposición con Inglaterra, también se inclinó a favor de Clemente. Los reinos de la península Ibérica, incluso Sicilia y Saboya, siguieron este ejemplo.

Como es sabido, las regiones de los Habsburgo estaban divididas mediante el tratado de Neuberg (1379). Los países que estaban bajo el duque Leopoldo III (Estiria, Carintia, Carniola y Tirol) se decantaron por Aviñón: Alberto III, al que pertenecían Austria septentrional y meridional, así como la regiones prealpinas, reconoció a Urbano, quien, como recompensa, aprobó la creación de una facultad teológica en la universidad de Viena (1384). El emperador Carlos IV († 29 de noviembre de 1378) y la mayor parte de los restantes territorios alemanes, Hungría, el norte y el este de Europa, el norte y el centro de Italia, así como Inglaterra, mantuvieron la obediencia a Roma.

Si ya en épocas anteriores el traslado de la residencia pontificia a Aviñón se había traducido en un incremento de la presión fiscal sobre la cristiandad, ahora fue todavía peor. Había que mantener dos aparatos curiales simultáneamente. La caza de prebendas y el socavamiento de la disciplina mediante numerosas dispensas fueron, entre otras cosas, la devastadora consecuencia.

Dos días antes de la elección realizada en Fondi, Urbano VI se había creado un nuevo colegio cardenalicio. De los 25 nuevos nombramientos, tres no aceptaron, y dos se pasaron posteriormente a Clemente VII. Seis de

los creados entonces concibieron posteriormente el plan para apresar a su enfermizante testarudo papa y ponerlo bajo tutela (1386). Cuando el papa descubrió esta conjura hizo ejecutar a cinco de ellos. Ambos papas fallecieron en fechas relativamente próximas (Urbano VI el 15 de octubre de 1389 y Clemente VII el 16 de septiembre de 1394). También entonces pensó el pueblo que los cardenales elegirían al otro «pretendiente», pero se equivocaron. En Roma vinieron a continuación Bonifacio IX (1389-1404), que trató de conseguir dinero mediante la concesión de muchas indulgencias, e Inocencio VII (1404-1406), así como Gregorio XII. En Aviñón, fue el sucesor en 1394 Benedicto XIII, aquel Pedro de Luna, español, al que hemos mencionado ya anteriormente como elector del papa en 1378.

§57

La solución mediante el concilio de Constanza

Muchos seguidores de uno y de otro bando pensaron entonces que el concilio general, que debería estar sobre el papa, era el único medio para eliminar el cisma. Así, Gregorio XII y Benedicto XIII se vieron sometidos a presión moral. Convinieron un encuentro para el día de san Miguel de 1407 en Savona, en la costa de Liguria. Benedicto XIII se presentó a tiempo, mas Gregorio XII se mostró indeciso bajo la presión de sus parientes. Pero cuando, en contra de las promesas hechas en su elección, nombró cuatro nuevos cardenales, entre ellos dos familiares suyos, sus cardenales se irritaron de tal manera que todos ellos terminaron por separarse de él, uno tras otro. Ocho se dirigieron a Livorno. Allí se encontraron con diez cardenales de la obediencia de Benedicto XIII, del que entre tanto se había distanciado también Francia. El papa Luna trasladó entonces su residencia a Perpiñán, que entonces pertenecía a Aragón. La situación se complicó aún más cuando los príncipes alemanes depusieron al rey Venceslao, apasionado por la caza y entregado a la bebida, y eligieron en su lugar a Ruperto del Palatinado (1400). En tiempos del rey de Bohemia había tenido lugar el martirio del vicario general de Praga Juan de Nepomuceno, el cual, a causa de una discusión sobre derechos eclesiásticos, fue maltratado físicamente por orden del rey y arrojado al río Moldavia.

En aquella situación, al parecer desesperada, Conrado de Gelnhausen sostuvo la teoría conciliarista en la Sorbona. Enrique Heimbuche de Langenstein, que también había sido profesor en París, llevó esta concepción a la Universidad de Viena, fundada recientemente. Se distinguió de manera especial en la difusión de esta teoría el confesor de Carlos VI (1380-1422) de Francia, Pedro de Ailly; también Juan Gerlier, más co-

nocido por el nombre de su lugar de origen, Gerson (al noreste de Reims). Por fin, había llegado el momento de traducir la idea conciliarista a la práctica.

Los cardenales que se habían distanciado de ambas obediencias convocaron para el 25 de marzo de 1409 un concilio general en Pisa, e invitaron también a ambos «pretendientes». Pero éstos estuvieron por una vez de acuerdo en un mismo punto: en el rechazo del concilio convocado por los cardenales. Cada uno de los «pretendientes» organizó independientemente asambleas eclesiásticas: Gregorio en Cividale (Udine), y Benedicto en Perpiñán. Asistieron muy pocos participantes, y además resultaron completamente ineficaces para sus respectivos papas. En consecuencia, Gregorio se dirigió (disfrazado) de Cividale a Gaeta, en Nápoles, bajo la protección de Ladislao, rey de aquel territorio.

En cambio, pudo abrirse puntualmente el concilio de Pisa. Un tercio de los asistentes eran franceses. También hicieron acto de presencia numerosos alemanes. Significativamente, permanecieron lejos los representantes de la península Ibérica, así como los del reino de Nápoles. Estuvieron presentes 24 cardenales, 90 obispos, 80 abades, procuradores de 100 obispos y unos 200 abades y representantes de universidades, así como de las grandes órdenes, y numerosos doctores. En el transcurso del concilio se leyeron 37 artículos de acusación contra ambos papas, y se interrogó a 62 testigos. Al no acudir a la cita los "teatralmente llamados «pretendientes», fueron excluidos de la Iglesia y depuestos en la decimoquinta sesión, el 5 de junio, como cismáticos notorios, herejes larvados y perjuros. Casi cinco semanas después se elegía por unanimidad al hasta entonces arzobispo de Milán, oriundo de Creta, Pedro Philargi (Alejandro V). Tras su coronación el 7 de julio, el concilio terminó en seguida, sin que se hubiera llevado a la práctica la tan altisonantemente prometida reforma. De la «loca» dualidad se había pasado a la «maldita» trinidad. Gregorio se había quedado sólo con el apoyo del reino de Nápoles y de la región de Rímini. Benedicto contaba con el apoyo de los países de la península Ibérica y de Escocia. Alejandro V (1409-1410) fijó su residencia provisionalmente en Bolonia, pero murió antes de que se cumpliera el primer aniversario de su elección (3 de mayo de 1410).

Entonces pasó la sucesión al que había manejado hasta entonces los hilos de la obediencia pisana, Baldassare Cossa. Lo eligieron sus colegas de cardenalato y tomó el nombre de Juan XXIII. Era un hombre con dotes de mando. De sus antepasados, que habían practicado la piratería marítima desde Ischia, había heredado él la tendencia a actividades violentas y la codicia. Por consiguiente, no se podía esperar de él una reforma de la Iglesia. Sin embargo, el rey Ladislao retiró su apoyo al papa Gregorio, que había huido a Rímini, y Juan pudo fijar definitivamente su residencia en

Roma, donde convocó el concilio prometido ya en Pisa. La escasa participación a esta convocatoria privó a esta asamblea del éxito apetecido.

En Alemania, tras la muerte repentina de Ruperto del Palatinado (18 de mayo de 1410), fue elegido finalmente Segismundo, rey de Hungría. Hacia este inteligente y entusiasta hijo de Carlos IV apuntaban ahora las esperanzas de la cristiandad. Entre tanto, Juan se había enemistado con Ladislao de Nápoles, que lo expulsó de Roma. En consecuencia, no le quedaba más alternativa que la de admitir el plan de un concilio, idea acariciada por Segismundo, y prometer que convocaría el concilio para la fiesta de Todos los santos del año 1414 en Constanza.

La convocatoria realizada por el papa que disponía de una mayor obediencia, la conformidad con el rey alemán y la situación geográfica del lugar de celebración del concilio fueron otras tantas circunstancias que favorecieron la presencia más numerosa de participantes. De hecho, el número de los asistentes fue unas diez veces superior al de Pisa. Estuvieron presentes Juan XXIII, así como representantes de los otros dos papas, 29 cardenales, unos 300 obispos y más de 100 doctores, por lo que el número total de eclesiásticos participantes se aproximó a la cifra de 700. También asistieron numerosos príncipes y enviados. Entre todos ellos destacaba la presencia del rey Segismundo. Con el fin de neutralizar el peso de los italianos presentes, mucho más numerosos que los representantes de cualquier otro país, se decidió hacer las votaciones por nacionalidades. Fueron reconocidas como tales la alemana (incluyendo a los polacos, los checos, los húngaros, los dálmatas, los croatas y los escandinavos), la italiana, la inglesa (incluyendo a los escoceses), la francesa, y, desde finales del 1416, también la española.

A la asamblea eclesiástica se asignaron especialmente tres cometidos: *causa unionis*, *causa reformationis* y *causa fidei*. Cuando Juan abrió solemnemente el concilio el 5 de noviembre de 1414 soñaba con ser reconocido por todos como el único papa. Y prometió a bombo y platillo que, en interés de la unión, estaba dispuesto, incluso, a dimitir. Segismundo o tomó demasiado en serio estas palabras, y mandó que las puertas de la ciudad de Constanza estuvieran siempre vigiladas fuertemente. No obstante, Juan tuvo habilidad para escapar de Constanza disfrazado de mozo de cuadra, en un caballo corriente, y con el rostro cubierto. Ocho cardenales le siguieron, entre ellos Oddo Colonna.

El rey Segismundo logró, sin embargo, que prosiguiera la asamblea eclesiástica. El papa en fuga invitó a sus partidarios a seguirle hacia Schaffhausen. Puesto que la irritación de los padres conciliares apenas si conocía fronteras, se publicó el 6 de abril del 1415 el famoso decreto conciliar *Haec sancta*, en el que se afirmaba expresamente que el concilio general reunido en el Espíritu Santo estaba sobre el papa. Juan fue alcanzado en Breisach del Rin, y obligado a dimitir. Siguiendo una táctica

ya vieja, Juan dijo que daría en seguida una respuesta. Como ésta no llegaba, fue apresado y, finalmente, reconducido a Radolfzell, junto al lago de Constanza. A toda prisa se reunieron 70 puntos de acusación contra él, en los que se le inculpaba, entre otras cosas, de su forma de vida, de haber envenenado a su predecesor Alejandro, de simonía y de avaricia. El proceso terminó con su deposición por haber favorecido el cisma mediante huida vergonzosa, por su notoria simonía y por llevar una conducta absolutamente vergonzante. Fue confinado en el castillo Gottlieben y posteriormente trasladado a Heidelberg y Mannheim, donde compró su rescate mediante una fuerte suma de dinero. Murió como cardenal el 22 de noviembre de 1419, en Florencia (se puede contemplar su bello sepulcro en el bautisterio de esa ciudad).

Poco después de la deposición de Juan se produjo la dimisión del ya nonagenario Gregorio XII, de la obediencia romana, tras haberse convocado de nuevo, esta vez en su nombre, la asamblea eclesiástica. Murió el 18 de octubre del 1417.

En el tiempo que va desde la «nueva convocatoria» del concilio hasta la dimisión de Gregorio se produjo la condena de Juan Hus, de la que hablaremos en otro lugar.

Ahora sólo quedaba por resolver el caso de Benedicto XIII. Segismundo se encontró con él en Narbona. Benedicto XIII se negó rotundamente a dimitir, pues afirmaba que su elección había sido completamente conforme a derecho. Se mostró, sin embargo, dispuesto — ya que era el único cardenal superviviente del tiempo de Gregorio XI— a elegir un nuevo papa, que no podría ser él mismo. Pero el rey no quiso aventurarse por ese camino, y consiguió ponerse de acuerdo con los reyes de la península Ibérica. Todos ellos suscribieron un acuerdo por el que se admitió en el concilio, como quinta nación, a los representantes de esta obediencia. Benedicto huyó entonces a la fortaleza templaria de Peñíscola (entre Barcelona y Castellón). Se le permitió que hiciera de papa, hasta el final de sus días, en esta «salvadora arca de Noé», para sus 2000 seguidores. Previamente, el concilio de Constanza le había depuesto por perjurio, cisma y herejía. Sirvieron de base para la acusación 90 puntos de inculpación. La deposición tuvo lugar el 26 de julio del 1417.

De esta manera, quedaba expedito el camino para una nueva elección. Dado que los representantes de las nacionalidades alemana e inglesa deseaban que se procediera a la elección tras la reforma de la Iglesia, se votaron los cinco decretos sobre la reforma que ya estaban preparados (9 de octubre de 1417). El principal de todos ellos es el que comenzaba con el término *Frequens*: en el futuro había que celebrar frecuentes asambleas de la Iglesia (la próxima dentro de cinco años, la siguiente a los siete y, posteriormente, cada diez años).

Para la nueva elección se dictaron normas que pretendían asegurar el reconocimiento más amplio posible del elegido. Los cardenales constituían un cuerpo de votación al que se sumarían seis representantes por cada una de las cinco nacionalidades admitidas en el concilio. Sólo si dos tercios de cada nacionalidad conciliar o del colegio cardenalicio daban los votos a un candidato sería considerado éste como legítimamente elegido. De hecho, el 11 de noviembre se produjo la elección de Oddo Colonna, quien tomó el nombre del santo del día y se llamó Martín V (1417-1431). El nuevo papa recogió lo antes posible la preocupación del concilio por la reforma. Al hilo de la recíproca competencia de los dos o tres papas, se habían concedido toda una serie de exenciones; por ejemplo, el obispado de Passau había sido desvinculado de la sede metropolitana de Salzburgo. Se revocaron uniones de puestos eclesiásticos, dispensas y privilegios. Además, se reactualizaron las leyes sobre la tonsura y el traje clerical. Y se dieron a conocer los concordatos con las nacionalidades alemana, inglesa y con las otras tres románicas. De hecho estos concordatos tuvieron una vigencia muy breve, por lo que sus efectos apenas fueron perceptibles.

No se llegó a conseguir una renovación profunda y duradera. Se había exigido, por ejemplo, que en el futuro debería elegir al papa, alternando con los cardenales, otro cuerpo elector que el concilio determinaría; se pidió que el papa no proviniera siempre de la misma nación (nunca en dos ocasiones sucesivas); si como exigían algunos, no se disolvía el colegio cardenalicio, debería componerse al menos de diversas naciones, y ninguna de éstas podría tener una mayoría de dos tercios en él. El número de cardenales debería oscilar entre 18 y 24, y jamás debería sobrepasar el número de 30.

En la tercera causa, la *causa fidei*, se encuadraba el tratamiento del reformador Juan Hus, de Bohemia. Era un profesor seguro de sí mismo, casi fanático, pero *gozaba* de prestigio. En dos ocasiones había llegado a ser incluso rector de la Universidad de Praga, fundada en tiempos de Carlos IV. Sus sermones tocaban heridas abiertas de la vida eclesial de entonces, por lo que tenían amplia resonancia. Se declaraba partidario del matrimonio de los sacerdotes, porque, de esa manera, se evitarían muchos escándalos, y exigía una liturgia nacional. Prefería la predicación a los sacramentos, pero hacía depender la eficacia salvífica de aquélla del estado de gracia del predicador. La exigencia del cáliz de los laicos (comunión bajo las dos especies), caído en desuso desde el siglo XIII, fue formulada por el correligionario de Hus Jacobo de Mies (llamado *Jacobellus*), que creó así el símbolo litúrgico-sacramental del husitismo y, posteriormente, de la reforma. Cuando Juan XXIII presentó su lucha contra el rey Ladislao de Nápoles como cruzada, concedió las correspondientes indulgencias y dictó las recaudaciones, Hus tomó postura públicamente contra esta mofa de la idea de la cruzada. Como consecuencia de esta toma de postura se

produjeron tumultos y la quema pública de la bula pontificia. Juan XXIII respondió decretando la excomunión eclesiástica sobre Hus. Éste apeló a un concilio general y al juez supremo Jesucristo. Segismundo quiso que se tratara en el concilio de Constanza la causa Hus. Y dio a éste un salvoconducto, que era lo que llamamos actualmente un pasaporte. A pesar de haber sido ya excomulgado, Hus dijo misa públicamente en Constanza y predicó, por lo que fue encerrado en el castillo Gottlieben. Se le sugirió la conveniencia de retractarse, pero, al negarse rotundamente a adoptar tal postura, fue condenado el 6 de junio de 1415 como hereje recalcitrante, fue degradado y entregado al brazo secular. Murió con valentía, orando devotamente, en la hoguera.

Al finalizar nuestro informe sobre el concilio de Constanza podemos señalar que, de las tres tareas encomendadas al concilio, la *causa unionis* fue la que encontró una mejor solución. En conformidad con el decreto *Frequens*, Martín V declaró en la penúltima sesión de la asamblea eclesiástica que el próximo concilio tendría lugar en Pavía el año 1423. El 6 de abril de 1418 se clausuraba la asamblea eclesiástica con la declaración del papa en la que afirmaba su voluntad de que todas las decisiones «in materia fidei conciliariter» adoptadas entraran en vigor y fueran observadas sin falta. De seguro que él no incluía entre esas decisiones la referente a la superioridad del concilio, pues el 10 de mayo de 1418 declaró en un consistorio público que en modo alguno era lícito apelar contra el papa a un concilio.

§58

La no resuelta *causa reformationis*

La Iglesia volvió a tener desde Constanza un papa reconocido por todos, pero cayó en una grave crisis a causa de la incumplida necesidad de reforma. El reforzamiento de las Iglesias nacionales o territoriales, que concedía numerosos derechos sobre la Iglesia a los soberanos y a los príncipes, puso fin a la depredación practicada anteriormente por la curia, pero en modo alguno sirvió a los intereses de la reforma.

El nuevo papa salido del concilio, Martín V, inició ya en Constanza la reforma de la curia. En Roma se dedicó por completo a la restauración del Estado pontificio, del que será llamado «tercer fundador». El concilio de Pavía (1423-1424), que él mismo convocó de acuerdo con el decreto *Frequens*, contó con una escasa asistencia de participantes; fue trasladado a Siena y disuelto de nuevo, sin que consiguiera resultado alguno. El puro cumplimiento literal de la decisión de Constanza amenazaba también al concilio previsto para siete años más tarde en Basilea. Martín V llegó a convocarlo, pero falleció antes de que comenzara.

Eugenio IV (1431-1447) había sido obligado a introducir reformas mediante una capitulación electoral. El abandono de ésta introducía una praxis preocupante que perduró hasta bien entrado el siglo XVI: efectivamente, en el cónclave se estipulaban capitulaciones electorales, se juraban y, en parte, llegaban a ser confirmadas de nuevo por el papa elegido, pero no eran llevadas a la práctica. La finalidad de tales capitulaciones era asegurar los derechos de los cardenales y también la reforma, que seguía pidiendo insistentemente el colegio cardenalicio. Pero los papas temían la revitalización del conciliarismo, considerado por los canonistas y teólogos curiales como un mal supremo que se prestaba a convertirse en instrumento para objetivos políticos.

De ahí que el concilio de Basilea (1431-1449) tuviera en frente a un papa proclive al rechazo del concilio. El mismo año de 1431 cuando se había inaugurado ya el concilio en Basilea, Eugenio IV convocó una nueva asamblea en Bolonia. La resistencia que opusieron los cardenales y los príncipes en Basilea —a diferencia de la de Siena— obligó al papa a reconocer de nuevo el concilio. También la debilidad del papa —tuvo que abandonar Roma en una canoa por el Tíber, como consecuencia de una serie de levantamientos— y la continuación de las negociaciones con los husitas —un medio acuerdo en los artículos de Praga— robustecieron a Basilea. Los prelados representaban una parte mínima de los participantes en el concilio, que eran en su mayoría doctores y procuradores (representantes de personas y corporaciones con derecho a participar en el concilio). Cuatro comisiones para las materias más importantes, compuestas por delegados procedentes de todas las naciones, debían superar la contraposición de las naciones. Se fijaron como objetivos principales del concilio: la preocupación por la fe cristiana, la paz en la cristiandad, y la reforma de la Iglesia. La tercera tarea era la más importante. Los decretos de reforma de los primeros años representan el principal logro de Basilea. En ellos se exigía la elección de los obispos, se frenaba la provisión pontificia de los oficios y el despotismo financiero de la curia, se ponía coto a los procesos romanos, y se regulaba la elección del papa y del colegio cardenalicio. Objetivamente correctos, los decretos en cuestión habrían necesitado la aprobación papal para convertirse en realidad.

Sin embargo, la casi inminente unión con los griegos o el lugar de la celebración del concilio ocasionaron nuevos conflictos con el papa. Cuando la mayoría del concilio de Basilea tomó partido a favor de Basilea, Aviñón u otra ciudad de Saboya, y la minoría se inclinó por una ciudad italiana, el papa Eugenio confirmó la decisión de la minoría y trasladó el concilio a Ferrara (1437). Dado que los griegos, a los que ambas partes querían ganar para su causa, se decidieron por Ferrara, pero los partidarios de Basilea no cedieron, apoyados especialmente por Francia, que tenía intereses en el

disputado reino de Nápoles, tuvieron lugar simultáneamente dos concilios contrapuestos.

El concilio de la unión, convocado por el papa, se inauguró en Ferrara en 1438, pero fue trasladado posteriormente a Florencia por ventajas financieras. La gran disposición al compromiso demostrada por ambas partes permitió que se llegara a una unión sobre las penas purificadoras en el más allá, sobre el pan eucarístico (ácimo o no ácimo), sobre el *Filioque* y sobre el primado del papa. En formulaciones flexibles, se recogió el resultado en el decreto *Laetentur coeli* (1439). Esta unión artificial, a la que ambas partes llegaron por motivos políticos, suscitó rechazo en Oriente y se convirtió en algo completamente irrealizable posteriormente bajo la dominación turca. Los esfuerzos desplegados en este terreno por Eugenio IV consiguieron (hasta el año 1445) otras uniones similares con los armenios monofisitas (*Decreto para los armenios*, 1439) y con Iglesias orientales más pequeñas. Reforzado por estos éxitos, Eugenio IV pudo volver a Roma (1443) y trasladó entonces el concilio al Laterano. Nunca llegó a cerrarse. En modo alguno se podía hablar de la reforma pretendida por Basilea.

Los de Basilea citaron ante el tribunal conciliar a Eugenio IV para tratar la cuestión del traslado, pero ese recurso al tribunal se volvía contra ellos mismos, pues nadie quería un cisma. El emperador Segismundo y los príncipes alemanes buscaron la forma de anular la citación al papa para someterlo a un proceso judicial en el concilio, al tiempo que intentaban que se revocara el traslado del concilio. Eugenio estaba a punto de dar marcha atrás cuando murió inesperadamente el emperador y aquél se sintió desligado de las concesiones que había hecho al respecto. Por intereses en el disputado reino de Nápoles (muerte de la reina Juana II, 1435), Francia, que tenía el mayor número de participantes en el concilio y las mentes más brillantes, apoyaba al concilio de Basilea, e incluyó en la *Pragmática sanción de Bourges* (1438) importantes decretos conciliares como leyes del Estado (ahí está una de las principales raíces del galicanismo). También Aragón se alineó contra el papa a causa de Nápoles, y azuzó a los de Basilea para que actuaran con dureza. En el imperio alemán, los príncipes electores se declararon neutrales en la elección de Alberto II. La dieta de Maguncia, quebrantando la neutralidad, imitó el ejemplo francés y asumió decretos sobre la reforma emanados de Basilea (1438-1439).

Pero se produjo la ruptura cuando Basilea presentó como doctrina de fe la superioridad del concilio sobre el papa, depuso a Eugenio IV y eligió al duque de Saboya, viudo, con el nombre de Félix V (1439), convirtiéndolo en el hasta ahora último antipapa. Francia no apoyó en esto al concilio; Aragón llegó a un acuerdo con el papa (1443); el nuevo rey alemán Federico III (1440-1493) se aproximó a él (1445). Para ganarse la voluntad de los príncipes alemanes hubo que hacer promesas importantes

(1447): convocatoria de un tercer concilio, reconocimiento de la autoridad del concilio, eliminación de las quejas. Una declaración secreta realizada por Eugenio antes de su muerte declaró jurídicamente inválido todo aquello que fuera contra los derechos de la Sede Apostólica. El fracaso de la reforma conciliar se debió, sobre todo, al fracaso de este papa.

El concordato de Viena de 1448, firmado entre Nicolás V y Federico III y aceptado por los príncipes alemanes, seguía la línea del concordato de Constanza y las resoluciones de Basilea. Fundamentalmente, aseguraba la elección de los obispos, pero, simultáneamente, también los derechos pontificios a la provisión de oficios vacantes, así como ingresos provenientes de Alemania; estuvo vigente hasta 1803. Con ello se eliminaba la reforma, las quejas contra Roma mantenían toda su vigencia, así como las respectivas situaciones anómalas. Y lo poco que quedaba del concilio fue desechado por Federico III de la dieta de Basilea, y se trasladó a Lausana, donde se encontraba Félix V. Éste dimitió (1449). Acto seguido, Nicolás V fue elegido también por el resto del concilio, pues se había hecho creer que el papa (Nicolás V) sostenía el dogma de la superioridad del concilio. Con esto, el papado había triunfado sobre el «conciliarismo».

La profunda brecha producida a mediados del siglo XV por el fracaso de los esfuerzos para implantar la reforma puede considerarse como el final de la edad media, pues el reforzado papado mostraba con intensidad creciente nuevos rasgos, y se encaminaba, por una parte, a sus grandes logros durante el humanismo y el renacimiento y, por otro lado, hacia su bache más profundo desde el *saeculum obscurum*. Si nos fijamos en las repercusiones más amplias de la reforma, debemos mantener la habitual división de la historia de la Iglesia. Pero tendremos presente que importantes condicionamientos previos de la fractura producida en la fe y en la Iglesia habían nacido ya en el siglo anterior.

Señalemos, pues, que no se produjo reforma importante alguna tras el concilio de Basilea. La reforma en profundidad sólo podía provenir de un concilio. Pero, según la ciencia canónica medieval, el concilio dependía completamente del arbitrio del papa. Quedó la larga serie de exigencias conciliares y las apelaciones a un futuro concilio. Las respectivas normas de las capitulaciones electorales quedaron en papel mojado; el intento de Andreas Zamometič para reabrir el concilio de Basilea (1482) no se vio coronado por el éxito, y el quinto concilio de Letrán (1512-1517) no fue mucho más que la réplica pontificia al intento conciliar francés de Pisa (1511). Al final del mencionado concilio de Letrán, León X volvió a proclamar solemnemente la superioridad del papa sobre el concilio.

Esta victoria completa de un papado secularizado sobre el concilio, en el que las mejores fuerzas tenían puestas sus esperanzas, tuvo una consecuencia palpable hasta nuestros días: la reforma no llegó a producirse, y provocó la otra reforma, la de Lutero.

Humanismo y renacimiento

El papado consiguió grandes logros en el terreno de la cultura. Después de Florencia, Roma se convirtió en el centro de la nueva cultura. Esta nació de la capacidad creadora, del afán de exhibición y del ansia de prestigio principesco. Dado que la cultura costó mucho y atrapó en su pasión a la totalidad de la Iglesia, cabe preguntar si los papas no actuaron con tal intensidad en este campo empujados, consciente o inconscientemente, por el afán de acallar el fracaso eclesiástico.

La nueva formación dio cabida a la crítica a la organización eclesiástica y de la teología de las postrimerías medievales, y llegó a producir una sacudida de la fe y de la moralidad. No se tuvo muy en cuenta esta problemática. El papado se convirtió, más bien, en la figura dirigente de este nuevo ambiente cultural. Por consiguiente, admitirá varias lecturas la significación de la nueva cultura para la religión y la Iglesia. Ya no será suficiente la división de los humanistas en «buenos» y «malos». La intensa investigación del humanismo, practicada por numerosas disciplinas en nuestro tiempo, suscita nuevas preguntas. Los paganismos de los humanistas son, preferentemente, demostraciones de una formación clásica. Junto a la burla y la censura de la codicia, de la falta de formación, de la falsedad y de la inmoralidad encontramos una religiosidad auténtica y brotes de un cristianismo renovado.

El humanismo tuvo bastantes consecuencias beneficiosas para la teología. El interés filológico tuvo como punto de mira la Biblia (especialmente, san Pablo) y los padres de la Iglesia. La Biblia en las lenguas originales permitió nuevos conocimientos. La historia de la Iglesia se enriqueció mediante la investigación de Lorenzo Valla sobre la «donación constantiniana». De ella se desprendió la exigencia de renunciar a la soberanía secular del papado.

En el campo de la filosofía se abandonó el aristotelismo para aproximarse al platonismo (Marsilio Ficino), o se quiso compendiar las tradiciones religiosas de todos los pueblos para ponerlas al servicio del cristianismo (Pico della Mirandola). Se percibe también (Nicolás de Cusa) la preocupación por la paz religiosa en la única religión, que sin embargo se manifiesta en ritos diferentes. Todo esto delata un sentimiento completamente nuevo frente a la vida, contrapuesto a la concepción medieval de la *miseria humanae conditionis*, un optimismo cognoscitivo de carácter no dogmático que en modo alguno se siente inclinado a preguntar por el magisterio eclesiástico o por autoridades doctrinales.

El papado se abre a la cultura renacentista

El papado y la curia, más fuertes que determinadas asambleas eclesiásticas, habían vencido el conciliarismo. El reinstaurado Estado pontificio se iría transformando de feudal en Estado principesco. Políticamente constituía, con Venecia, Milán, Florencia y Nápoles, los predominantes *cinque principati*, cuyo equilibrio era importante para Italia. Las injerencias exteriores y las alianzas en continuo cambio exigían destreza política. Por eso, se criticó frecuentemente el nepotismo y los constantes cambios políticos. En el caso de una lucha, el papa disponía de un arma suplementaria: las censuras eclesiásticas, de las que, por ejemplo, el entredicho (prohibición de participar en el culto divino) repercutía hasta en la vida mercantil. Las elecciones papales trajeron sorpresas y nuevos ascensos. En ocasiones tuvieron bastante de crítica al predecesor. Puesto en tela de juicio esporádicamente, el Estado pontificio no constituía un problema eclesiástico universal o europeo, así como el universalismo medieval era algo que pertenecía al pasado y el papa se convirtió cada vez más en un príncipe italiano. Fundamentaciones teóricas del poder pontificio suministraron los dominicos y cardenales Juan de Torquemada (1450) y Tomás de Vio (Cayetano, 1511).

La menguada importancia política dificultó una *defensa* eficaz contra los turcos, de la que tanta necesidad tenía Occidente. El fracaso de los pueblos cristianos se debió en último término a los papas; Calixto III (1455-1458) y Pío II (1458-1464) pusieron todo su empeño en una empresa común de Occidente, pero habían pasado los tiempos de las cruzadas. Venecia consiguió un acuerdo especial con el sultán (1454), pero constituyó el más importante bastión de la cristiandad. La defensa inmediata recayó en los primeros afectados: los albanos, los húngaros y las regiones limítrofes de Austria. Cuando los turcos llegaron a ocupar en 1480 incluso Otranto, sólo la inesperada muerte del sultán Mohamed II evitó lo peor y marcó el comienzo de una fase más tranquila que duró hasta el siglo XVI. La victoria sobre los húngaros en Mohács puso en manos de los turcos, en 1526, la parte central de Hungría (junto al mando sobre el principado vasallo de Transilvania), lo que representó para las regiones limítrofes la amenaza permanente del islamismo hasta finales del siglo XVII.

Daño particularmente grave sufrió la actividad eclesiástica o su creciente descuido por los papas del renacimiento. La creciente actividad de la curia y la concomitante depredación financiera de la Iglesia universal produjeron en ocasiones también efectos beneficiosos. Así, el nepotismo podía reforzar la posición del papa en cuestión o fue posible colocar, junto

a individuos indignos, también a personas dignas en puestos de dirección (junto a los Borgia, por ejemplo, los Piccolomini).

La incorporación de beneficios en los monasterios y fundaciones (en algunas de éstas constituyeron la principal base de sustentación) se convirtió en una fuente de conflictos, pero también resultó útil para instituciones tales como universidades y hospitales. El estilo de gobierno y el boato emparejaban a los papas con otros príncipes, especialmente italianos, pero los costos alcanzaban proporciones desorbitantes y constituían una pesada carga para la Iglesia universal. Otro tanto cabe decir de las fastuosas obras culturales cuyos testimonios atraen a Roma, hasta nuestros días, a ingentes masas de visitantes.

La natural crítica de las condiciones vigentes en la Roma de entonces nació, sobre todo, allí donde no existía ninguna protección eclesiástica de tipo contractual, nacional o territorial contra la depredación, especialmente en Alemania. Los *Gravamina nationis Germanicae* fueron recopilados por primera vez en 1456 bajo la dirección del arzobispo de Maguncia, pero esto se repitió en numerosas ocasiones hasta los tiempos de la reforma. En general, la crítica procedió frecuentemente también de partidarios de la reforma preocupados por la Iglesia, y de miembros de la jerarquía eclesiástica, e incluso del colegio cardenalicio (capitulaciones electorales).

Por consiguiente, las muchas veces lamentadas «anomalías» de la curia tenían muchas raíces, que nacían sobre todo del sistema de dirección de la Iglesia. El desprecio que algunos papas, cardenales y curiales de todos los escalones demostraron a finales de la edad media respecto de los mandamientos morales fue en aumento y llegó a crear un amplio convencimiento de una decadencia general que provocaba la cólera de Dios. En el marco grandioso de la cultura renacentista, las carencias fueron tan grandes y profundas que nada pudieron hacer contra ellas los intentos reformadores de algunos papas o de grupos que luchaban por la reforma. Sólo un nuevo concilio, el de Trento, arrancó de la mundanización al papado «salvado» del conciliarismo en el siglo XV.

De los papas del siglo XV se considera a Nicolás V (1447-1455) como el primer papa renacentista. Comienza la remodelación de Roma; la ciudad se convierte en el centro del humanismo. Nicolás V consiguió grandes logros, sobre todo, en lo que se refiere a la Biblioteca Vaticana, para la que reclutó en todos los países copistas que reunieron los tesoros de la formación patristica y clásica. Tras la superación del cisma, Roma vio la coronación imperial de Federico III, la última de las realizadas por un papa en Roma (1452). Para el equilibrio de los Estados italianos y para la seguridad de la península frente a la inseguridad exterior fue fundamental el tratado de Lodi (1454), concluido tras largos esfuerzos, también del papa, al que, tras algunas dudas, terminó por unirse Nicolás V como protector (1455). El trabajo de la reforma fue puesto en marcha

principalmente por los legados enviados a diversos países después del año jubilar del 1450 (Nicolás de Cusa en Alemania).

Con el catalán Alfonso Borja, de 77 años, como Calixto III, entra en la escena de la historia del papado la familia Borgia (en grafía italiana). Dominó el pontificado la defensa contra los turcos (caída de Constantinopla, 1453). Los húngaros, dirigidos por Juan Hunyadis y con el decidido apoyo pontificio (cardenal legado Juan Carvajal, predicador san Juan de Capistrano, de los franciscanos observantes, bula contra los turcos de la que proviene el toque del *Angelus* al mediodía), consiguieron en 1456 el levantamiento del sitio de Belgrado. La presencia de una escuadra pontificia, mandada por el cardenal Lodovico Trevisan, en el Egeo fue posible gracias a un gran sacrificio personal del papa. Sus esfuerzos por organizar una cruzada chocaron con la indiferencia o el rechazo de los Estados. Nápoles parecía convertirse en víctima del nepotismo pontificio. Por ese camino recibieron Rodrigo, el futuro papa Alejandro VI, y otro sobrino la púrpura cardenalicia. En aras del mismo interés recibieron castillos del Estado pontificio capitanes catalanes. De ahí que, a la muerte de Calixto III, explotara la ira popular contra sus connacionales.

El ascenso del sienense Eneas Silvio Piccolomini, uno de los humanistas más importantes, que sirvió al concilio de Basilea, a Félix V, al emperador Federico III, le reportó diversos obispados y otras prebendas, y finalmente la púrpura cardenalicia (1456). Éste eligió el nombre de Pío II (1458-1464) como recuerdo del «pius Aeneas» de Virgilio. Junto a múltiples intereses intelectuales (composición literaria, geografía, historiografía, política, filología), configuraron también este pontificado auténticos esfuerzos para organizar la defensa contra el turco. En el congreso de príncipes en Mantua (1459), que el papa convocó y abrió personalmente con una deslumbrante pieza oratoria en latín, no se presentó príncipe alguno en persona, y muy pocos de ellos llegaron a estar representados. Matías Corvino, rey de Hungría (1458-1490), también entusiasta humanista, así como el príncipe albanés Jorge Castriota (al que los turcos llamaban «Scanderbeg» es decir, príncipe Alejandro) tenían que sostener por entonces una dura lucha en las fronteras. En 1463, el papa quiso ponerse personalmente a la cabeza de las tropas, pero sólo tuvo tiempo para ver en Ancona la flota enviada por Venecia antes de concluir su repleta vida sirviendo literalmente hasta la muerte a la defensa contra los turcos. Señalemos un interesante intento simultáneo: el de ganar al sultán para el cristianismo mediante un detallado escrito apologético, que tal vez nunca llegó a ser enviado.

Políticamente meritoria e importante es la «solución italiana» de la cuestión napolitana: reconocimiento de Ferrante, el hijo natural de Alfonso V de Aragón, y matrimonio de un sobrino del papa con una hija natural del nuevo rey. Esto contribuyó positivamente al equilibrio italiano, pero suscitó

la enemistad francesa. El nuevo rey de Francia Luis XI abolió en 1461 la *Pragmática sanción de Bourges* de acuerdo con una promesa más antigua, consiguió para sí y para sus sucesores el título de «rey cristianísimo» y puso de nuevo en vigor normas absolutamente indeseables para el papado.

Una comisión trabajó en la reforma de la curia, pero jamás llegó a publicarse la proyectada bula al respecto. La concepción que Pío II tenía de la reforma estaba profundamente marcada por el concilio de Basilea. Tras el fracaso de Mantua prohibió que se apelara al concilio contra el papa (1460); y cuando le recordaron su antiguo pasado conciliarista, publicó la bula de retractación *In minoribus agentes* (1463), con la invitación: «Aeneam reiicite, Pium recipite.»

El veneciano Pablo II (1464-1471) fue menos un hombre de espíritu que de voluntad, amante del boato, autoritario y desconfiado. Sus normas para la administración y suministro de la ciudad de Roma fueron atinadas. Pero fracasó en su intento de reducir la cuna: el colegio de aproximadamente 70 «abreviadores» había sido instituido en tiempos de Pío II con puestos que se podían comprar, y favoreció a muchos humanistas. Pablo II lo abolió inmediatamente y mandó encarcelar en el Castillo de Santángelo al portavoz Bartolomé Platina, e hizo que lo sometieran a suplicio. Platina se vengó literariamente en la obra *Vitae pontificum*, impresa en 1479, con una descripción nada amistosa del pontífice. El sucesor volvió a implantar el colegio de los abreviadores, que perduró hasta la reforma de la curia practicada por Pío X. La Academia Romana, fundada por Pomponio Leto hacia el año 1460, fue disuelta a causa de su mentalidad pagana y bajo sospechas de conjura. Corrían por entonces malos vientos para los dirigentes de la cultura. El deseado concilio para la reforma parecía más lejano que nunca. El emperador Federico III se mostró partidario del concilio en su visita (1468), y sugirió Constanza como lugar de su celebración. A la resistencia de la curia a una *reformado in capite* se sumó, como ulterior impedimento, la forma de ser del papa. El Estado pontificio dejó de estar vinculado a Milán y a Nápoles para unirse a Venecia y Florencia. Valorándose en exceso, el papa ordenó la paz en la confusión que se creó tras la muerte del duque de Milán (1466). Tampoco tuvo éxito la forma de proceder contra el rey de Bohemia Jorge Podiebrad (excomunión, deposición y cruzada).

§61

Los papas de la edad de oro del renacimiento

Los papas que van desde Sixto IV hasta León X llevaron el renacimiento romano a su máximo esplendor, pero para la Iglesia significaron uno de los puntos más bajos de su historia. Lo mundano

invadía hasta los últimos rincones, y apenas se mencionaba ya en serio la reforma.

El antiguo ministro general de los franciscanos Francesco della Rovere, elegido papa con el nombre de Sixto IV (1471-1484), hizo méritos en el terreno de las artes y de las ciencias (Ponte Sisto, Cancillería, Capilla Sixtina, Biblioteca y Archivo Vaticanos), fue considerado un destacado teólogo y predicador, pero no se pareció al fundador de su orden absolutamente en nada. Su pontificado se caracterizó por un nepotismo desconocido hasta entonces. Sus sobrinos Giuliano (posteriormente Julio II) y el franciscano Pietro Riario recibieron la púrpura cardenalicia; a este último, muerto prematuramente, le sustituyó Girolamo Riario, que en su intento de conseguir un gran principado había implicado al papa, y le había llevado a la confrontación con los Estados italianos, y también estuvo envuelto en la conjura de los Pazzi en Florencia (1478) contra los Medici. Casado con una hija natural del duque de Milán, obtuvo del papa terrenos en la Romana. Para conseguir Ferrara, hizo que estallara una guerra que en 1482 amenazó con implicar a toda Italia, pero que no aportó éxito alguno. Se perfilaban ya aquí las maneras de actuar de los Borgia. Los llamamientos a la cruzada no tuvieron eco alguno (1471). La flota, reunida a tan alto precio, consiguió éxitos de poca monta en las costas de Asia Menor. Los turcos ocuparon en 1480 Otranto.

Puesto que el papa, en contra de las capitulaciones electorales, no quería ni oír hablar de un concilio, el arzobispo titular Andreas Zamometič intentó (1482) reabrir el concilio de Basilea, pero terminó sus días en la mazmorra, tal vez suicidándose. Objetivo de su intentona habría sido la deposición del papa y la implantación de la reforma mediante el concilio. El nepotismo, la política en favor de la familia, las guerras, las artes y el tren de vida de la corte costaban mucho y era preciso encontrar nuevas fuentes de dinero. En consecuencia, predominaron la venta de oficios, lucrativas concesiones de indulgencias y otras prácticas poco transparentes. El que muchas de estas cosas se hicieran para servir al arte y a la ciencia no hacía desaparecer los reparos que ellas suscitaban o debían suscitar. Sixto IV es especialmente responsable de la desviación de la corte pontificia hacia el nepotismo y el espíritu mundano.

El irrelevante pontificado del genovés Giovanni Battista Cibó, con el nombre de Inocencio VIII (1484-1492), ocasionó dificultades políticas; especialmente con Nápoles. Dos hijos que el papa había tenido antes de ser ordenado de sacerdote se casaron, de acuerdo con la costumbre de los príncipes del renacimiento, con miembros de familias poderosas: Franceschetto, con la hija de Lorenzo de Medici, de Florencia. Como agradecimiento, el hijo de Lorenzo, el futuro León X, fue elevado al cardenalato a la edad de 13 años. La boda con gran pompa se celebró en el Vaticano. El hombre poderoso tras la política generalmente ramplona era

Giuliano della Rovere. Un punto particularmente oscuro de la actividad eclesiástica es la bula sobre las brujas del año 1484, sobre la que se basa el *Martillo de las brujas*, una especie de manual de toda la brujería. Algo absolutamente notable en la corte fue el príncipe turco Dchem. En las disputas por el trono tras la muerte de Mohamed II, buscó refugio entre los Caballeros de San Juan en Rodas, y estuvo bajo la custodia pontificia. Esto era bueno para el sultán, quien en compensación pagó una cantidad anual de dinero hasta la muerte del rival (1495) y no molestó a Italia.

Tras este débil pontificado, el sobrino de Calixto III, Rodrigo Borgia, con el nombre de Alejandro VI (1492-1503) trató de empalmar, conscientemente de sí mismo, con Alejandro Magno. Su falta de moral no molestó ni a sí mismo ni a quienes le eligieron. De su relación adulterina con Vannozza de Cattaneis nacieron cuatro hijos reconocidos, que fueron tratados principescamente por el papa: Juan, como duque de Benevento (asesinado en 1497; las sospechas recayeron en su hermano César); Joffré (muerto en 1517), como príncipe de Esquilache; Lucrecia (muerta en 1519, casada en terceras nupcias con el duque de Ferrara); César, considerado como el prototipo del *Príncipe* de Macchiavelo, el más siniestro de todos, fue primero cardenal (sólo recibió el subdiaconado); y posteriormente, por matrimonio, duque de Valentinois. El padre le entregó la Romana, y él trató de hacerse con un reino, mediante la violencia y la astucia. Parecía preparar la secularización del Estado pontificio cuando la inesperada muerte del papa hizo que se derrumbara el poder de los Borgia.

La política servía principalmente a la familia, pero a largo plazo también al Estado pontificio, en el sentido de una centralización necesaria. Cuando el rey francés Carlos VIII (1494-1495) avanzó con sus tropas sobre Italia, Alejandro VI no accedió a investirlo con el *regnum* del sur de Italia, y la Liga Santa logró la retirada de los franceses. Tiene importancia para la historia universal la línea de demarcación entre los territorios españoles y los portugueses situados al oeste de las Azores, demarcación sobre la que se publicaron cuatro bulas en 1493. Se trataba de actos de investidura en favor de Castilla como continuación de anteriores acuerdos, con una confirmación mediante la intervención del papa.

La actividad eclesiástica era impresionante en sus apariencias; la liturgia consiguió un brillo sin par mediante la impresionante pompa y boato papales. Pero rara vez pensaba éste en la conversión o en las tareas de reforma. Y cuando pensaba, lo hacía durante brevísimo tiempo. Se elaboró una bula de reforma, pero jamás fue publicada.

Cuando el papa murió inesperadamente de fuertes fiebres, los cardenales consiguieron que César Borgia abandonara la ciudad, a fin de asegurar la libre elección del papa. Una vez más estalló la cólera general contra los Borgia.

En otro tiempo se creyó a pies juntillas las noticias escandalosas transmitidas por el maestro pontificio de ceremonias Burchardo de Estrasburgo, y se las tuvo en cuenta para valorar la singular personalidad a la que nos hemos referido. Pero incluso lo que puede ser sometido a un examen riguroso permite ver una chocante falta de conciencia, de abuso del oficio, de simonía e inmoralidad. Las rehabilitaciones que se han intentado hasta nuestros días no han concitado un reconocimiento general.

El sobrino de Pío II, elegido en 1503 cuando estaba ya gravemente enfermo, gobernó sólo 26 días. A pesar de que también Pío III (1503) fue elegido de forma simoníaca, fue considerado como digno y favorable a la reforma. En el segundo cónclave del año fue elegido el mayor adversario de Alejandro VI y sobrino de Sixto IV, Giuliano della Rovere. El haber sido elegido de forma simoníaca, no impidió a Julio II (1503-1513) declarar inválidas las elecciones simoníacas de un papa. Con el nombre que tomó al subir a la cátedra de Pedro quiso establecer un lazo con C. Julio César. Julio II sirvió a la Iglesia y al Estado de la Iglesia menos como sacerdote que como soberano y guerrero. Arrancó Perusa y Bolonia de las manos de los señores locales; la Romana, se la quitó a Venecia, aprovechando hábilmente las posibilidades de alianza rápidamente cambiantes (Liga de Cambrai, 1508). Los pasos dados para expulsar a los extranjeros de Italia («Fuori i barbari») dio origen a graves conflictos con Francia, pero también a rivalidad con Maximiliano I, que pretendía la coronación imperial y la restauración de los derechos imperiales en Italia, e hizo planes en 1511, cuando el papa enfermó, para conseguir no sólo la dignidad imperial, sino también la papal, pensando especialmente en su política italiana y en la imperial. Francia, enemigo mucho más peligroso contra el que iba la Liga Santa sellada en 1511, renovó la *Pragmática Sanción de Bourges*, y dio pie a la convocatoria de un concilio en Pisa, que inicialmente fue apoyado también por el emperador Maximiliano. Julio II se decidió entonces por el quinto concilio de Letrán (1512-1517), basándose para ello en su capitulación electoral.

En esta asamblea se sopesaron algunas reformas, pero no fueron llevadas a la práctica. Con todo, una bula para la reforma, de 1513, suprimió algunos abusos. Con el desmoronamiento del concilio francés, también el del papa había cubierto propiamente su objetivo, pero no fue clausurado. Realizaba, tras los concilios para la reforma, de nuevo el tipo del concilio pontificio.

Personalmente, Julio II mantuvo en el fondo una concepción eclesial, se distanció de un nepotismo descarado y, al menos como papa, no cometió excesos morales. Su política matrimonial con dos hijas naturales creó vínculos con las importantes familias Colonna y Orsini, pero evitó grandes celebraciones nupciales. Son indiscutibles sus méritos en el campo de las artes, representados por nombres como Bramante, Miguel Ángel y Rafael.

Obras como el *Moisés* y la *Piedad* de Miguel Ángel recuerdan el apogeo del renacimiento romano. Para el gran proyecto de la reedificación de la basílica de San Pedro se predicó una indulgencia que daría pie para la aparición de Lutero en la escena de la historia.

La presentación que Pastor hace de Julio II como salvador del Estado pontificio ha sido objeto de discusión. En algún aspecto, la política familiar de los Borgia había hecho ya sus aportaciones. Que el Estado de la Iglesia se afianzó, siendo en ocasiones el primer poder de Italia y llegando a ejercer un papel protagonista en la política europea, indica la gran importancia de Julio II como soberano. En opinión de sus adversarios, el sobrenombre «il Terribile» significaba realmente el terror de la guerra. El título de un diálogo *Iulius exclusus (e coelis)*, así como Lutero, que le llamó «Julio el Vampiro», muestran más bien la grandeza mundana de este papa.

En la entronización del nuevo papa decía una inscripción en forma de arco triunfal: «En otro tiempo reinó Venus (Alejandro VI), después Marte (Julio II), ahora Palas Atenea.» Las esperanzas de ese paganismo sólo se cumplieron en parte. Juan (Giovanni) de 37 años, con ricos feudos, hijo de Lorenzo el Magnífico, fue nombrado cardenal a la edad de 13 años en agradecimiento por el matrimonio del hijo de Inocencio VIII con una mujer de la familia de los Medici. Como degustador fino y renacentista cultivado, León X (1513-1521) siguió apoyando el desarrollo de la cultura renacentista. Sin embargo, su propio mecenazgo no fue creativo ni estuvo en consonancia con el de su familia. En el campo de las artes plásticas y de la música —él mismo la interpretaba y componía— el juicio del papa era más atinado. Nunca hubo bastante dinero para sus diversiones. El Estado cortesano floreció poderosamente, la exagerada atención al teatro y las cacerías que duraban semanas enteras con gran acompañamiento engullían mucho dinero. Por eso se aumentó el número de oficios a la venta, las indulgencias se convirtieron en gigantescas transacciones financieras, y creció así de forma peligrosa la desmoralización de la administración. A decir verdad, toda esta superficialidad no debe hacernos pasar por alto la constante atención de León a los pobres, ni su protección a los judíos.

León X unió una política pontificia y florentina con un fuerte nepotismo, que promovía incluso a indignos y tenía grandes objetivos: Parma, Piacenza, Módena, Reggio e incluso Nápoles. De carácter pacífico y proclive al equilibrio italiano, el papa debió conjugar los intereses de dos *principatus*, y mantenerlos a salvo de la lucha de las grandes potencias Francia y la España de los Habsburgo por Italia. Consiguió esto mediante oscilaciones, astucia y trato simultáneo con las partes enemigas, una política reticente y de doble lengua. Era especialmente peligrosa Francia, con su codicia por Milán y Nápoles. La incursión armada del rey Francisco I (1515) en Italia hizo que el papa renunciara a Parma y Piacenza; el rey francés por su parte tuvo que renunciar a la Pragmática sanción de Bourges.

Pero condujo sobre todo al concordato de 1516, que concedía al rey el derecho de nombramiento para todos los oficios eclesiásticos elevados, y a la Iglesia francesa numerosas competencias curiales. Costó hacerlo pasar en el consistorio, pero se convirtió en una base importante del galicanismo regio. A finales del pontificado se suscitó la cuestión de la sucesión en el imperio. Fracasaron los esfuerzos de León en contra de Carlos de España, de la casa de Habsburgo, y del rey francés, y a favor del príncipe elector de Sajonia. Finalmente, tuvo que avenirse con Carlos V. Gran revuelo provocó una conjura de cardenales que fue sofocada con encarcelamientos, tormentos y ejecución del cabecilla, el cardenal Alfonso Petrucci. No sirvió como excusa para conseguir dinero, sino que se trataba de una oposición seria.

En cualquier caso, León X jamás tuvo conciencia de la seriedad de su tarea. Difícilmente se podían esperar esfuerzos en favor de la reforma, aunque el escasamente concurrido concilio quinto de Letrán celebró sesiones hasta 1517 y elaboró una bula más bien teórica para la reforma. Ese mismo concilio definió la inmortalidad del alma del individuo y condenó la doctrina de la doble verdad. Resultaba denigrante que, al final del concilio, se condenara solemnemente una vez más el conciliarismo.

El papado del renacimiento perdura hasta mediados del siglo XVI, aunque Roma perdió mucho de su esplendor con el *sacco di Roma* de 1527. Coincidiendo con el concilio de Trento, a partir de Marcelo II (1555), apareció por fin un nuevo tipo de papa, marcado por la idea de la reforma eclesiástica.